

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. Lange

Núm. 82

Segundo Trimestre - 1974

Año 21

LA PARTICIPACION DE LOS LAICOS EN ASUNTOS DE LA IGLESIA

NOTA: Estas dos disertaciones, a cargo del pastor Zeuch y del prof. A. Fehlauer, miembro de la congregación del pastor Zeuch, fueron presentadas en la última convención de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina realizada durante los días 5-8 de Febrero de este año en Paraná, Entre Ríos. Aunque en ambas disertaciones se trata el mismo tema, el primero de los conferenciantes, sin embargo, destaca más el enfoque teológico, el segundo más el práctico. Dado que lo expuesto por ambos es de gran importancia para todas nuestras congregaciones, la convención reunida en Paraná resolvió publicarlo en la Revista Teológica, para que pueda ser estudiado detenidamente por nuestros feligreses.

La Redacción

El cristianismo en sus orígenes fue un movimiento eminentemente **laico**. Un grupo de hombres y mujeres del pueblo, atormentados por una divina inquietud y un ferviente anhelo de comunión con lo eterno, se agruparon alrededor de un hombre humilde, **Jesús de Nazaret**. Él no ostentaba visibles órdenes religiosas de cuño humano, pero hablaba de Dios con una naturalidad y fragancia, con tan atrayente y vigorosa sencillez, con tan aguda y penetrante inspiración, que se vieron compelidos espiritualmente, a formar un fraternal círculo, una comunidad de admiradores, cuyo punto céntrico lo constituía precisamente este Hombre humilde que, como si fuera un espejo metafísico, les reflejaba la misma gloria del rostro de Dios!

Jesús no era un ser de extramuros, sino, uno del pueblo, así como ellos también lo eran. No pertenecía ni a la casta

ni a la jerarquía sacerdotal. Se le conocía como hijo del carpintero José. ¿De dónde procedía su autoridad? Pregunta ésta que llega a su punto culminante cuando los mismos eclesiásticos vulnerados en su amor propio, no admitiendo ni reconociendo en él poderes de ordenación (Luc. 20,2) "¿Con qué autoridad" le preguntaron. Es como si le dijeran: ¿Cómo invades fueros que no te incumben? ¿Cuándo has pasado por los ritos del ministerio y recibiste el fuego santo de su investidura? ¿Cómo ministras en nombre de Dios, si tú no eres sacerdote? ¿Quién te ha ordenado? No pueden continuar investigando. Una sola pregunta de Jesús los desarma (Luc. 20,3 ss.). La ordenación de Jesús no tenía sello humano procedía directamente de Dios, no a través de un plano horizontal, sino específicamente vertical. Su "ordenación" arrancaba de su íntima vocación, de su sentido mesiánico, de su respuesta a la incondicional voluntad divina (Mat. 13: 16-17).

Cuando Jesús no estuvo ya más visible para los ojos físicos de sus seguidores, el grupo de los Doce adquirió cierta prominencia en el seno de la primitiva asamblea de los adoradores. Y ellos fueron llamados los Apóstoles. Este carácter especial adquirido por la función o el título "Apóstol" recibió cierta resonancia de autoridad por el hecho de haber sido los que habían estado íntimamente con Jesús y recibieron de sus propios labios la comisión específica (Juan 20:21).

Si bien parece que el apostolado constituía para la nascente comunidad cristiana algo así como una dignidad eclesiástica especial (1. Cor. 15,9), no lo era así para las autoridades religiosas contemporáneas que observaban el ejercicio del apostolado como una especie de ministerio laico, que invadía esferas determinadas y que era un ejercicio sin el debido reconocimiento de poderes y ordenaciones jerárquicas, que les habilitaran para actuar en funciones de carácter religioso entre el pueblo (Hech. 4:2; 7), motivos más que suficientes como para colocar todo el peso de la autoridad constituida y pretender coartar todo movimiento y acción (Hech. 4:3).

La extensión geográfica del cristianismo, la desaparición de los apóstoles y de los testigos oculares, sumado al hecho del crecimiento de la independencia de la iglesia local y el peligro de la herejía, conducen inevitablemente a la consoli-

dación del ministerio local. Antes de que la era apostólica pasara, ya los profetas y maestros eran vistos con suma desconfianza, su ministerio había caído en descrédito, y se debía a la abundancia de los **falsos** profetas y maestros (2ª Tim. 4:3-4). La necesidad de salvaguardar la ortodoxia de la iglesia tanto en doctrina como en moral, fortaleció la posición de los diáconos y presbíteros, que componían el ministerio local.

El laico en la Iglesia primitiva.

Los apóstoles reivindicaban "el ministerio de la Palabra" como el elemento esencial de su misión, pero no pudieron mantenerlo con carácter positivo. Bien pronto el Espíritu trascendió los límites del apostolado, situando "el ministerio de la Palabra" como acción inevitable en el corazón de todo aquel que hubiera experimentado el calor de la fe. Y así como vasos escogidos del Señor, los hombres sencillos y comunes, **laicos** de corazón ardientes, se constituyeron en la dinámica de la iglesia, la parte fuertemente activa, los que le dieron al cristianismo una nueva fisonomía y un práctico alcance universalista.

¿Por qué Dios utilizó a los laicos primitivos para darle una nueva fisonomía funcional a la iglesia? ¿Por qué no le concedió este privilegio a los apóstoles? ¿No será para revelarnos que delante de EL no existen distinciones en la calificación espiritual de sus hijos, a no ser aquellos que resulten de la obediencia o desobediencia? Y por otra parte: ¿no será para poner en evidencia que EL llama a todos por igual a servirle con intensidad de consagración? Verdaderamente sería una audacia el pretender apreciar en todo su alcance la voluntad de Dios en este sentido, pero, ¡cuán inmensa es la deuda de gratitud de la iglesia para con estos humildes y sencillos heraldos del Reino! ¡Por algo se les llamó cristianos por primera vez en la historia. Hay muchos nombres en las páginas del Nuevo Testamento, cuya sola mención es toda una historia de fe, sin olvidar por cierto un silencio nominal sugestivo: el de los héroes anónimos, los denominados "hermanos". Toda una legión de corazones ardientes, de hombres y mujeres apasionados que si bien dedicados a distintas labores seculares, servían a Cristo con la vocación de cristianos, glorificando en **todas** las cosas al Dios del cielo y de la tierra.

La iglesia primitiva no gozaba de una pulida organización, de una técnica en el secreto de cómo hacer las cosas científicamente, pero ella perforaba el secreto por otros caminos: tenía **la técnica del Espíritu Santo!** Y era este mismo Espíritu el que los conducía por la fecunda senda de la acción. ¿No será ésta la realidad interior que nos falta? ¿Pot qué hoy en día la iglesia cristiana no cuenta con una mayoría de elementos laicos que respondan a Cristo con el sentido de una auténtica vocación? ¿Será debido a que la iglesia en la actualidad se ha organizado en una forma demasiado cerrada, en la cual sólo los ministros tienen la oportunidad de asumir toda la responsabilidad? ¿O los laicos de nuestros días no aprovechan conscientemente la oportunidad de servicio que le presenta la iglesia? De cualquier manera que fuere, la vida espiritual y el fervor denodado de la iglesia del Nuevo Testamento se nos torna en un fenomenal desafío, en la prueba de fuego de nuestra fe y de nuestra vocación!

La Iglesia y los laicos

Con el correr de los siglos y con el paralelo desarrollo del obispado monárquico, de una jerarquía excluyente, con la culminación de la institución del papado en el siglo VI, presenciarnos una metamorfosis que deforma la naturaleza y constitución de la iglesia. Ahora la naturaleza de la iglesia es de carácter sobrenatural y perfecta. Está constituida solamente por todos los que han recibido órdenes eclesiásticas: sacerdotes, obispos, arzobispos y el Papa. Los laicos **no** son la iglesia! Ellos están en comunicación con ella. No son miembros integrantes de la misma. No tienen voz ni voto. Cuando la iglesia se pronuncia es únicamente, y con exclusividad, a través de la voz de la clerecía. Los laicos ni siquiera pueden diferir con esa voz, están obligados a la obediencia sin límites.

El siglo XVI anuncia nueva aurora. El cristianismo había cesado como fermento activo para asumir únicamente forma de mera institución. Cuando con **M. Lutero** se inicia esa conflagración religiosa conocida con el nombre de la Reforma, la vida institucional de la iglesia recibió un rudo golpe para las privanzas sacerdotales, aquel en el cual se vio asumir proporciones públicas al concepto del "sacerdocio universal

de todos los creyentes". Por primera vez después de muchos siglos volvían a encontrarse fundidos en una sola intención lo secular y lo religioso. Y hombres y mujeres del pueblo, laicos, fueron compelidos espiritualmente a actuar en la vida con verdadera vocación religiosa.

Este revolucionario principio llevado también al seno de la naciente Iglesia Evangélica Luterana derribó toda pared intermedia de separación. El ministro o pastor no era uno que estaba situado entre el altar y el pueblo, sino que era uno de ellos en condición de "servidor de todos", promovido a realizar tareas especiales dentro de la vida de la iglesia. Cumple sus funciones con verdadera alma de laico! Es decir, como uno que necesita al igual que sus hermanos de la gracia de Dios y por lo tanto su condición espiritual no es necesariamente superior a la de éstos, por el hecho de realizar funciones ministeriales. El cristianismo recuperó conceptos primitivos, que habían estado por siglos perdidos en la espesura del bosque dogmático, y así "en vez de una iglesia hecha únicamente de clérigos, surgió a la acción una iglesia compuesta también por laicos comisionados. En vez de recibir la gracia de Dios de la iglesia, los adoradores recibieron a la iglesia como una gracia de Dios! Ellos eran ahora ayudados a ser la iglesia por sus "ordenados" ministros, aquellos que sirven sobre otros." (John Oliver Nelson "Young Laymen-young church. Assoc. Press N. Y. 1949 pág. 13).

Una vez más hubo de reconocerse que la Iglesia es fuertemente dinámica sólo cuando ella deja de ser patrimonio exclusivo de los clérigos!

La Iglesia: un compartir de tareas

Ser laico no debe interpretarse en manera alguna como una válvula de escape o como un desentenderse de los intereses divinos. Por el contrario, ser laico se define también como uno que ha experimentado el aliento de Dios en su alma, que lo lleva a vivir en la vida secular y religiosa **con verdadera vocación!** Un laico en cualquier lugar que fuere debe tener iluminada conciencia de que el pastor no puede ni debe absorber la totalidad del trabajo. El no es dueño ni señor de la iglesia! ¡Ay del ministerio que así creyera! Como pastor es un hermano entre otros, elevado por su vocación

especial al cumplimiento de funciones específicas. Ejercita su ministerio consagrándose totalmente a través de su tiempo, talento y vida. El mismo se siente ser la iglesia en la comunión de sus hermanos. Un monopolio de las actividades voluntario o impuesto, es contraproducente y lesivo para la voluntad de Dios, que busca de encontrar en cada uno de sus hijos una actitud de obediente respuesta, que incluya acción en la adoración.

En las iglesias de ciudades es mucho más frecuente contar con la participación de un buen número de elementos laicos eficientes y consagrados, que luego del cumplimiento de sus tareas diarias, dedican buena parte de su tiempo libre para las actividades de la iglesia. Por lo general, el número es reducido y proporcional. Estos laicos que sienten un gozo interior en compartir las responsabilidades de la obra, sufren todo el peso de la apatía e inactividad de muchos de sus hermanos. Y es fácil comprobar el exceso de compromisos que deben afrontar, por las exigencias de la vida organizada y por la indiferencia de los "miembros-esponja". Precisamente estos miembros que se sienten ser la Iglesia, que demuestran su interés, perseverancia y consecuencia en su fidelidad al Señor, son verdaderamente **laicos con vocación**, con un llamado interior!

La situación o el panorama se agrava en iglesias de zonas rurales y en las ciudades de menor importancia demográfica, salvo honrosas y raras excepciones. Por lo general se vive en el concepto del pastor como "**hombre-orquesta**". Con esto quiero decir que hay una inescapable exigencia de tocar al unísono todos los instrumentos posibles para que la sinfonía sea lo más perfecta. Pedir a la actividad pastoral que haga simultáneamente un recorrido en todos los matices de la escala musical, desde director hasta de flautín, es una cosa tan imposible e irregular como pedirle a un buey que al mismo tiempo sea arado. Notemos que donde se da el "miembro-esponja" (o tal vez deberíamos decir el "miembro-parásito") el concepto que se tiene del pastor es el de "**hombre-orquesta**". Queda así vulnerada nuestra concepción de la iglesia y corrompida la base de una comunidad de **llamados** para una tarea que es común.

Las labores que demande la Iglesia en el cumplimiento de su vocación redentora, deben ser hechas en el espíritu de un compartir.

Dios nos ha dado talentos que debemos cuidar y desarrollar. Y nuestros talentos personales se complementan en lo colectivo. Cuando hay una ausencia en la expresión de los talentos individuales: "todos los miembros a una se duelen" (1. Cor. 12, 26). ¿Por qué? "Porque por un mismo Espíritu somos bautizados en un cuerpo" (1. Cor. 12, 13). La iglesia es un cuerpo y la salud del cuerpo depende de que **todos** los miembros cumplan con sus determinadas funciones, caso contrario la vitalidad se resiente. El enterrar los talentos no es sólo un fenómeno espiritual; tiene también derivaciones sociales, porque se lesiona toda la comunidad. Evidentemente resulta que cada uno es responsable individualmente de los males que cometemos en perjuicio de los intereses de otros. Reservarnos nuestro talento es perjudicar a terceros (Mat. 25, 27). No todos tienen los mismos dones (1. Cor. 12), así que si Dios dio distintos talentos a la Iglesia, justamente los que ella necesita para cumplir su multiforme ministerio, la omisión de uno solo vulnera al conjunto entero!

Es necesario que tengamos en cuenta que si somos llamados a compartir, a entregar el ejercicio de nuestros dones para la vida saludable del cuerpo, debemos hacerlo con espíritu de humildad. Los dones se malogran cuando falta humildad. El que comparte experiencias y coopera en la realización de tareas, debe ser suficientemente sagaz para librarse del gesto espectacular, de la posición de solista. Cantamos en coro. Ninguno es o vale más que otro. Y debemos tener sumo cuidado en no erigirnos en jueces de otros y murmurar los unos de los otros! Si verdaderamente somos llamados a colaborar unos con otros, entonces pastores y laicos, como iguales delante de Dios, se sienten llamados a realizar en este mundo la gran obra redentora que El mismo comenzara entre los hombres.

El laico y la vocación cristiana

La palabra vocación tiene su raíz en el vocablo latino **vocare** (llamar). Pero todo verbo implica una acción. Por lo tanto vocare denota haber recibido un llamado especial, una

distinción que da personalidad en el cumplimiento de esa investidura espiritual.

Para los cristianos, que derivan su fe y práctica de la Biblia, la vocación tiene esencialmente un sentido religioso. La vocación del cristiano consiste en la actitud multilateral que se manifiesta en **toda** su vida, como espontánea y natural respuesta al llamado de Dios. Es la acción de Dios y la respuesta del hombre. Dios que llama y el hombre que obedece. Dios que inspira y el hombre que en su acción de cada día ejercita de múltiples formas, el don divino. Es un llamado a ser cristiano y a vivir cristianamente en todos los órdenes de la vida. San Pablo dice: "Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados!" (Ef. 4, 1). El apóstol no se dirige particularmente a los cristianos que se habían dedicado a ejecutar funciones ministeriales en la iglesia, sino que es una apelación general a vivir totalmente identificados con el significado de que nuestra vocación cristiana es una actitud de obediencia a Dios. Y así, todas las profesiones son sagradas porque las ejercitamos como un servicio a Dios y a los hombres. Es **EL**, el que hace santas todas las cosas.

Todo lo dicho no debilita, ni subestima, ni se opone a la vocación del pastorado, como una ofrenda del que siente el llamado interior de consagrar a Dios **todo** su tiempo y talentos en las tareas de la iglesia. Por supuesto que la vocación al pastorado no es la más cristiana por ser tal. Todas las vocaciones son igualmente cristianas cuando las asumimos con idéntico espíritu de consagración. No hay vocación cualitativamente superior.

Si por vocación entendemos el aspecto **vertical** de la vida del hombre, la respuesta al llamado de lo Alto, no podemos menos que decir que el aspecto **horizontal** representa la respuesta del individuo a las necesidades de la sociedad.

No queremos omitir el planteamiento de un problema que surge de suyo: ¿Hay profesiones que por su propia naturaleza son incompatibles con el sentido sagrado de la vocación cristiana?

Lo que somos es lo que vale

Lo que define la personalidad cristiana es la obediencia y lealtad a la voluntad divina. Nos da la pauta de lo que

somos. Y esto es lo que cuenta en la vida, lo que valora nuestra existencia.

Bien lo sabía **Don Quijote** que la potencia de la vida no está en lo que el vulgo dice de nuestro ser, sino en lo que **nosotros** nos sentimos ser!

Lo importante en la vida es saber **quién** uno es, conocerse a sí mismo. La experiencia individual no se enriquece por la valoración ajena, sino que se acrisola en el hecho de saber para qué uno vive y qué aspira llegar a ser. Y en esa iluminación interior se realiza a sí mismo, en lo que debe ser.

La vida tiene sentido religioso. El hombre constantemente se formula preguntas últimas en relación a sí mismo y a su destino, a su pasado, a su presente y futuro. (Schopenhauer: "el hombre es un animal metafísico").

Dios es el que vocaciona, el que tiene una intención para cada uno de nosotros. Tenemos que llegar a ser lo que El quiere que seamos. "Yo te puse nombre, mío eres tú!" (Is. 43,1).

En el ejercicio de nuestra vocación en el múltiple campo profesional somos únicos e indispensables. Cada individuo tiene una contribución **única** que hacer. Cada uno tiene un papel que cumplir en consonancia con el molde del alfarero divino. No somos masa, sino personas! No hay dos personas iguales, tampoco hay dos contribuciones personales idénticas, aunque se repita el campo profesional. La vida ha de ser vivida como una ofrenda a Dios. Nuestra vocación es para el servicio. Somos llamados a servir los propósitos divinos dentro de nuestra experiencia total. Cuando buscamos de "hacerlo todo para la gloria de Dios" y el servicio a nuestros semejantes, objetivamente que en El nos encontramos y somos, nos valoramos justamente. Y solamente cuando somos lo que Dios quiere que seamos, hay una perfecta coordinación de lo vertical y horizontal de la vocación cristiana.

Don Miguel de Unamuno dijo que "El más grande servicio acaso que Lutero ha rendido a la civilización cristiana, es el de haber establecido el valor religioso de la propia profesión civil, quebrantando la noción monástica medieval de la vocación religiosa." El descubrimiento de Martín Lutero es una solemne declaración de que Dios no tiene favoritos, ni admite monopolios de privilegiados, y que EL llama a to-

dos los hombres a servirle en sus ocupaciones diarias con verdadero impulso religioso y moral, sean cuales ellas fueren. Se asienta así el principio de la mayordomía de todas las vocaciones terrenales, de nuestra responsabilidad frente al Dador de todo bien.

El laico y su capacitación

Hablar de la necesidad de la preparación académica para un servicio más efectivo en la obra de Dios, podría provocar cierta renuencia en algunos elementos laicos que con sobrada sinceridad estiman casi en oposición el estudio y la fe. Hasta hay quienes subestiman toda preparación como cosa innecesaria en los asuntos del espíritu. Aún más, los que sostienen que la consagración se da con mayor intensidad en el hombre inculto o medianamente ignorante, y hasta casi se sienten tentados a postular que cuanto menos instruido, mayor es la gloria, pues se conserva así en su pureza pristina y con más fervoroso celo "la fe que una vez le fue dada a los santos!"

Dios no necesita, ni de nuestra cultura, ni de nuestra ignorancia para realizar su obra. Si quiere puede trascender, y las trasciende, todas las limitaciones humanas. Lo que EL quiere son corazones consagrados que arden por el fuego de una consagrada pasión!

El hecho de que Dios no necesite de nuestra cultura, porque EL obra con recursos que nos sobrepasan infinitamente, en ninguna manera ofrece asidero para decir que nosotros tampoco la necesitamos. Si por un lado es herejía limitar a Dios dentro de los sistemas o recursos humanos, por el otro también lo es, si colocamos al hombre en el mismo nivel de Dios.

El mensaje bíblico está preñado de consejos que nos invitan a cultivar nuestra mente, a procurar el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, a buscar la sabiduría como cosa más preciosa que el oro. Pero entiéndase bien que no es una simple invitación para coleccionar conocimientos, para adornar nuestra mente con condecoraciones o títulos, sino para acrisolar nuestro carácter moral y ampliar la esfera de nuestro consagrado servicio a Dios.

El problema queda planteado desde otro ángulo. Partiendo de un orden de prioridades, preferimos al cristiano ignorante pero con fe abrasadora, que al frío erudito —o pseudo erudito— sin calor en el corazón. Pero frente a dos hombres igualmente consagrados, ambos de fe viva y contagiosa, no podemos omitir de decir que el más capacitado será mejor empleado por el Espíritu Santo, porque tendrá un área más vasta de servicio, de posibilidades, de oportunidades, de influencias y alcances.

Una persona que haya respondido con auténtica consagración al llamado de Dios, nunca podrá quedar intelectualmente estancada si es que aspira a ser fiel a su vocación. El Evangelio entra en contacto con la vida. No podemos hacer inteligible nuestro mensaje a menos que el mismo sea formulado racionalmente. Si bien nuestras formas de expresión deben ajustarse a las corrientes de pensamiento y a los tipos modernos del lenguaje, no significa en lo más mínimo una desvirtuación o debilitamiento del mensaje bíblico, ni tampoco una pérdida de la vitalidad de nuestra fe. Las realidades son las mismas aunque el ropaje sea distinto. Y en un mundo de constantes cambios, cuando los intereses y las inquietudes varían formalmente de generación en generación, sólo los heraldos de un Evangelio eternamente contemporáneo, podrán ofrecerles la solución cristiana. Si hablamos de laicos con vocación cristiana en sus actividades seculares, no podemos menos que pensar que esos campos reclaman adecuada expresión de la Verdad.

Esperamos, por otra parte, que ningún laico se ponga a la defensiva, como primera reacción por los conceptos sustentados. Simplemente queremos llamar la atención, a los efectos de poder contar con elementos consagrados que conozcan muy bien la materia que profesan y dominen el difícil arte de poder expresarla con una amplitud tal que toque todas las esferas de los intereses humanos!

El laico y su capacitación bíblica

La Biblia debe ocupar el lugar único como centro de la vida devocional de la Iglesia, del hogar y del individuo. Para capacitar a los laicos bíblicamente nada mejor que estudiar la Biblia! Y la mejor preparación de todo laico cristiano debe ser la que resulte de una profundización del mensaje bíblico.

Para el estudio concienzudo de la Biblia no debemos de ninguna manera depender solamente de nuestras luces personales. Por supuesto que una declaración tal no significa que debamos someternos a autoridades tradicionales o eclesíásticas. Pero sí quiere decir que si confinamos a lo que se nos descubre personalmente, podemos perder otras ricas manifestaciones del Espíritu. El estudiar la Biblia es un **que-hacer existencial**, es un anhelo de captar en esa Palabra el significado para la vida personal y social. Por lo tanto, todo estudio bíblico es un compartir! Lo que Dios me revela a **mí** es para compartirlo en la proximidad del **tú** y en esa relación dialógica del yo y del tú, se establece una corriente de vida espiritual, estimulada por el Espíritu Santo para la comprensión más profunda del mensaje cristiano. Es por esta razón que jamás se debe desechar o subestimar la labor de la comunidad cristiana, en preservarnos verdades recibidas a través de distintos canales de captación.

No podemos eludir el hecho de que haya una "historia del pensamiento cristiano". Dios, en su libre gracia, se nos presenta como un Ser dinámico y por lo tanto encara las respuestas y significaciones de su Palabra para cada época y situación. No podemos bajo ningún concepto rechazar el testimonio de una tradición doctrinal para nuestra situación presente, so pena de romper o cerrar ventanas a través de las cuales la Verdad de Dios nos ha irrumpido. Por lo tanto, en todo estudio bíblico hemos de buscar de relacionarnos con esa corriente que nos viene desde el pasado, como el testimonio de comunidades cristianas para la nuestra.

Y al tener un mensaje particular de las Escrituras, en el sentido de que es una Palabra para **mí** y para ahora, hallamos una correspondencia de situaciones a nivel profundo: para una misma condición espiritual hay una sola e idéntica respuesta divina. Ya no es Palabra del pasado, sino que es la **eternamente presente** un mensaje vestido de perenne actualidad.

Si a un laico le dijéramos que tiene que prepararse teológicamente, nos escucharía o con indiferencia o con una mueca de ironía o con un signo de interrogación. Existen excepciones. Sólo mencionamos una actitud general. El primero nos diría: "eso es para un especializado, no para mí". El segundo irónicamente respondería: "Ya me quiere sacar un

teólogo"! y el tercero nos contestaría: "¿Teología? ¿Para qué?"

Posiblemente esta actitud sea fruto de una consciente o inconsciente reacción ya contra el liberalismo o la estrechez teológica. Hemos creído que la teología es una cosa de escuela. ¿Para qué complicarnos con cosas abstrusas? ¡El Evangelio es tan sencillo! ¡Sólo sirve para dividir a los cristianos! Y con argumentos semejantes tratamos o pretendemos tratar con indiferencia o combatividad, instrumentos que son puestos a nuestra disposición y que vienen en nuestro auxilio.

Muchos de los conflictos que se suscitan en el mundo de las ideas y de la vida, por los cuales pasan necesariamente los laicos, demandan una sólida capacitación teológica! ¡Cuántas oportunidades perdemos de orientar alguna vida por no contar con los adecuados instrumentos intelectuales para expresar nuestra fe! Si tuviéramos que acentuar cuál es la actual necesidad instrumental de los laicos en la iglesia, no titubearíamos en decir que la ausencia más sentida, es en general, la de un **sólido conocimiento bíblico!**

En los laicos tiene el Evangelio una verdadera fuerza de choque. Ellos son los que a diario están confrontando al mundo sobre un terreno común. En ellos la iglesia tiene a diario un encuentro con el mundo! Evidente es entonces la necesidad de que este gran conjunto de hombres y mujeres sean fortalecidos intelectualmente, por medio del estudio y la discusión de temas bíblicos y teológicos, relacionados vitalmente con el mundo moderno y sus problemas. No debemos agotar los recursos puestos a nuestra disposición para que los laicos tengan a este respecto toda la orientación posible. Si el Evangelio habrá de hacer impacto en el mundo de nuestros días, lo hará sólo a través del testimonio de los laicos!

La misión de cada cristiano es confrontar a la persona y al mundo con Jesucristo. Y esta tarea no se puede cumplir con fidelidad, si se contenta con limitar el testimonio a "Jesucristo me ha salvado y con esto basta y sobra"! Claro, que personalmente esta será nuestra mejor experiencia. Pero al mundo o a la persona a quien queremos confrontar con el Evangelio, le asiste todo el derecho de inquirir **qué** quere-

mos decir con eso y qué relación tiene este **hecho** con la experiencia total de la vida!

"Jesucristo me ha salvado y con esto basta y sobra" —de—
trás de esta afirmación que parece terminar con toda **posibi-**
lidad de replanteos, es esconde seguramente con buena **fe—**
el temor de que profundizaciones e investigaciones traigan
la duda o el debilitamiento de la fe. No nos extrañemos **que**
esta actitud esté muy arraigada, especialmente entre los **lai-**
cos (los hay pastores también). Emplean los vocablos **bibli-**
cos como si en ellos estuviera contenida toda la inspiración.
Y a veces presentan conceptos erróneos sobre los grandes
temas de la doctrina cristiana, que alejan a las almas **cultas**
de la salvación en Cristo. Hay situaciones en que el **laico**
no quiere embarcarse, porque teme perder su **seguridad** o
teme tener que renovarse. Es mucho más cómodo **quedarse**
en la superficie que lanzarse a lo profundo.

No se necesita andar mucho para descubrir que esta **pos-**
tura es fruto de la negligencia religiosa, la llamada **holgaza-**
nería espiritual. Ningún laico está eximido de tener que **ex-**
perimentar por sí mismo la verdad eterna y de ajustarla **a su**
situación personal. El laico es laico por vocación —**así como**
el pastor también lo es, pero ambos con distintas **tareas es-**
tán frente a Dios en el mismo plano de lealtad, por **cuanto**
ambos deben cumplir sus tareas para la gloria de Dios **y po-**
ner al mundo en presencia del Evangelio.

El conocimiento teológico permitirá a todo laico **feriente**
y despierto gozar de experiencias inolvidables, ser **canal a**
través del cual Dios introduzca a las almas a las **realidades**
del mundo espiritual. Y no sólo la capacitación teológica **nos**
pondrá en condiciones de ser buenos intérpretes de la **ver-**
dad eterna para la situación temporal que vivimos, **sino que**
nos proporcionará la respuesta a nuestra propia **situación**
existencial, a los problemas que se suscitan en **nuestro**
helo de querer vivir en comunión con la Realidad **última,**
DIOS! **con**

Para pensar y reflexionar:

¿Cómo podemos ayudar a los laicos que viven en **medio**
de las tensiones y problemas del mundo, a que vivan en **obe-**
diencia a Dios?

¿Cómo puede dar la iglesia una nueva dirección a la expresión de sus responsabilidades evangelísticas, culturales y sociales?

¿Cómo puede alcanzar a toda la vida en la multiplicidad de sus intereses?

Si la situación temporal abarca todos los aspectos vitales de los intereses humanos, ¿qué tipo de capacitación necesitan los laicos para entrar en contacto con ellos?

¿El mensaje bíblico es pertinente para la situación actual?

¿Por qué motivo práctico necesitan los laicos capacitarse intelectualmente dentro de la cultura general?

El laico y la tarea de evangelización

Evangelizar es la tarea inconclusa de la Iglesia. Y al mismo tiempo es la obra fundamental de la Iglesia cristiana. No hay otra labor que pueda definir la dimensión espiritual de la iglesia, como la de la evangelización. Iglesia que no evangeliza muere, tiene el alma seca!

Por ser la Iglesia una comunidad de personas con un llamado interior, es también una comunidad de personas con un sentido de misión. Somos llamados para realizar una misión específica y concreta en el mundo: la de anunciar las Buenas Nuevas (del griego: eu-angelión).

Es sin duda alguna en la labor de evangelización, donde los laicos deben sentir su mayor privilegio. Afortunadamente estamos superando la etapa en la vida de la Iglesia, cuando se creía que ésta era una tarea que competía casi con exclusividad al pastor, en virtud de sus funciones especializadas. ¡Cuántos dones se han malogrado por una equivocada actitud mental! ¡Cuánto espíritu de testificación se ha disipado en el mundo! ¡Gracias a Dios que hoy día pertenecen al pasado (o deberían pertenecerlo) frases como: "Esto corresponde al pastor", o "Para eso tenemos pastor!" Hoy día nos damos cuenta que todos, pastores y laicos, estamos frente al Señor en un mismo pie de igualdad en nuestra devoción y lealtad. Es precisamente en la obra de evangelización, como testimonio múltiple del cristiano, donde percibimos que Dios no tiene favoritos, ni elegidos caprichosamente, sino que es una responsabilidad que nos es común.

Por otra parte hay que puntualizar la tragedia del pastor que se crea dueño de la obra, y no le conceda a los laicos la oportunidad de colaborar a igual en todos los intereses de la iglesia! Colaboración que **no** significa obediencia implícita a un programa pastoral, sino oportunidad de pensar, planear y realizar **juntos** el programa total.

Necesitamos el Espíritu del Evangelismo. (¿Cuál es el mejor método?).

Los laicos en la obra de extensión.

El laico y la educación cristiana.

El laico y la obra **práctica** de la iglesia local:

- A) El equipo de la iglesia y los laicos.
- B) Los laicos y la Escuela Dominical.
- C) Los laicos y las visitas.
- D) Los laicos y la literatura cristiana.
- E) Los laicos y la música y el canto.
- F) Los laicos y la predicación.
- G) Los laicos y la ayuda social.

El pastor debe ser un hombre de visión y que debe ayudar a los laicos a descubrir por sí mismos las posibilidades de servicio en la obra. Y realmente que "abrir los ojos" de los laicos es la tarea más promisoría. Para poder inspirar a los laicos es necesario que ellos **vean** las necesidades y se consagren a servir a sus semejantes. **Dar vista es inspirar**, es presentar blancos, es ofrecer canales de servicio, es dar la oportunidad de desarrollar las capacidades personales, es abrir la vida a un sentido de misión y de destino personal.

G. Zeuch